

En Iontananza

PABLO AVELEYRA ARROYO DE ANDA

Responsabilidad social

El sector privado ha de acometer la empresa de unir los esfuerzos de organizaciones intermedias, compañías y planteles de enseñanza en orden a abrir posibilidades de desarrollo escolar y profesional a personas pobres.

Hilaria, empleada doméstica, tiene una hija de dos años y meses. La casa donde sirve se ubica en una colonia residencial de categoría. Atrás del inmueble, pared de por medio, hay una escuela, también de primera, kínder y educación elemental. El patrón de Hilaria es un anciano pensionado, trabaja para él desde hace más de 10 años, década durante la cual todos los días, salvo los de vacaciones, escucha, en tiempo de recreo, los gorjeos de los más pequeños, la vocinglería de los mayorcitos y los inconfundibles gritos del profe de deportes y de la maestra de lo mismo. Tiene su propio retoño, Lupita, y sueña con que su voz se una a la de los infantes del colegio de atrás. Sueño imposible: inscripción y mensualidades descomunales a la luz de su ingreso. ¿Beca? Ya no hay. ¿Media beca? Tampoco hay. ¿Algún descuento? Sólo uno modesto después de cursar un año completo.

La élite económica, con su gran influencia en gobierno, legislación, justicia y cultura, se recrea a sí misma, como la mitosis de las células, tantas veces cuantos hijos se tengan, con las mismas características que llevan en el ADN: espíritu acumulativo

de riqueza, ánimo gregario alrededor de la misma, individualismo, egoísmo y carencia absoluta de espíritu social, cívico o comunitario. En otro extremo, está la gran mayoría no favorecida que igual se reproduce a sí misma y con los mismos defectos antisociales de los protegidos. Los extremos se alejan cada vez más el uno del otro. La desigualdad *de facto* y la desigualdad de oportunidades se agrandan, un puñado tiene cada vez más y un montón cada vez menos. Aumenta la distancia entre los polos. Nulo alivio recibimos al saber que nuestro poderoso vecino sufre similares deformidades, pero más visibles y lamentables para opacar su narcisismo hegemónico, cuyo prototipo, para desgracia de ellos, es su propio presidente.

Sólo parcialmente la solución está en manos del gobierno mexicano a través de sus tradicionales funciones en educación y beneficencia. Para mí, el papel preponderante debe ser el que desempeñe la sociedad civil. El sector privado ha de acometer la empresa de unir los esfuerzos de organizaciones intermedias, compañías y planteles de enseñanza en orden a abrir posibilidades de desarrollo escolar y profesional a personas pobres. Es lo que se llama responsabilidad social. Obliga a todos.